

CASA DE VIBORAS

I

El caso es que uno alberga en su cuarto una víbora y puede dar testimonio de su presencia precisamente porque la oye silbar desde su escondido rincón.

Naturalmente, uno se da cuenta que tampoco es que hoy por hoy viva a la intemperie, linde con el descampado o tenga que llegar abriéndose paso con la hoz en la mano por entre la maleza. Más bien, digámoslo, tiene la clara noción de que la tibieza puede en cierto momento protegerlo bajo su alero contra la ventisca, de que las paredes sirven de mojones claros en los lindes con el paisaje, que el techo se entiernece y ablanda durante la noche y te preserva con el calor de su frazada contra la humedad que arrecia. Uno experimenta incluso que lo ciñe un cinturón de agradable calor hogareño y que incluso cuando se quiere puede sentarse en la mecedora y dejar que el silencio hable y que la calma acaricie las mejillas.

Pero entonces uno se confunde, no logra explicarse cómo un frío reptil de la manigua pudo confundir una modesta habitación, digamos, con una oscura madriguera. Seguramente viendo girar la ruleta apostarás todo lo que tienes al número que soñaste, entre un millón de posibilidades elegirás la que te causa dolor

de estómago y perderás el dinero, y el tiempo lo habrás vertido desde el balcón como cinta y confetti y no lograrás explicarte por cual resquicio pudo haberse deslizado.

Uno sabe que durante la noche, y mientras duerme, el repugnante animal silba desde la copa de su desconocido rincón y hasta lo oyes desenroscarse en la hojarasca y trepar por las paredes y confundir la cal con la rugosa corteza de los alcornoques. Incluso, adivinas con la respiración contenida, el combate del reptil que con contorsiones escalofrantes trata de asfixiar el silencio, que esgrime la afilada punta de la cola intentando derribar la sólida presencia de la noche. Uno siente desde su lecho, con la frente yerta, los remolinos de su vaho absorbente que te atraen, que engullen con su lengua la transparencia de las horas. ¡Y cómo envidia uno en coyunturas así la concha del caracol y el caparazón de la tortuga! Naturalmente en noches de insomnio como ésta tu cantarás como los niños para crearte la ilusión de que no estás solo y tal vez con la secreta esperanza de exorcizar con tu voz la presencia del bicho. Pero alargaste pantalón hace veinticinco años y ya eres adulto, conoces las trampas y no puedes engañarte. Uno sabe que nada ganará con convocar todo el valor que retrocedió y se ocultó en las axilas, uno sabe que arrojar el edredón verde, calzar las frías sandalias y encender la luz son recursos inofensivos.

Entonces uno tiene la sensación de carecer de armas, de padecer una grave y progresiva atrofia de los sentidos. Horas así son como oscuros aljibes que uno trata de escalar con las uñas. Uno experimenta la asfixiante sensación de estar metido en el interior de una botella, atado de pies y manos, amordazado e impotente.

Son noches tan densas que las horas nos tienen contra la pared con su inminente cuchilla de su guillotina en el pescuezo.

Podríamos recoger el esfuerzo disperso por todos los poros, abrir paso al último grito del guerrero, prepararnos en silencio para la última coyuntura y levantarnos. Pero sería tan inútil como ayer.

Otra vez tendríamos que sentarnos y conjurar el silencio con el humo del cigarrillo; de nuevo volveríamos a buscar afanosamente en vano a recordar el silbo pero a carecer de brújula perdidos en alta mar; por milésima vez estaríamos ante la mesa con las pestañas perplejas y la flora del estómago deshecha, sin saber de qué lado se oculta el importuno huésped ni tras de qué pared su silbo nos espía burlándose de nuestra inocencia.

CORRE Y PERSIGUEME

II

El caso es que también un ratón golpea insistentemente y sin consideración alguna el yunque en su fragua recóndita. Y repica el martillo horas y horas justamente en noches en que la fatiga almacenada en la sien debiera permitir un sueño conciliatorio.

Uno da vueltas en la cama invadido el tuétano de los huesos por el persistente ronroneo del animal que mastica periódicos viejos en un rincón del estudio. Y uno cree que en dos se le partirá el cráneo con el tañido de aquella campana loca, arrebatada por fuerzas oscuras en una noche orgiástica.

Cuanto pedazo de panela dejas olvidado será alcanzado por su acucioso hocico; no hay altura que ponga a salvo el bizcocho si contrariado por un obstáculo,

si arrastrado lejos por vientos que emigran al verano olvidaste envolverlo y ponerlo bajo llave en la caja fuerte.

Su poderoso olfato penetra todo olvido, con su lengua lame la distracción más inverosímil, la afilada punta de sus colmillos alcanza hasta el descuido más delgado y sutil. Y uno se pregunta si un roedor así que entra a saco en la tienda del sueño templada por cortinas de espuma proviene de una noche de luna llena y estuvo internado antes en un sanatorio.

Mientras tú duermes, él recorre impávido tu vivienda del agujero oscuro a la rendija de la puerta, de la esquina a la ventana, de la entrada a la salida, en todas las direcciones. Y tú lo oyes trotar sacudiendo el suelo con su estridente casco.

Cuando no está de inspección son las piruetas de niño las que vienen a caer como pavesas en la pupila abierta provocando la caída de las lágrimas y la hinchazón del párpado.

Lo oirás sin poder hacer nada voltear las copas de cristal y quebrarlas, tendrás que soportar sus travesuras entre la ropa recién lavada y planchada sin balbucir una protesta. Nada se escapará a su juego cruel, ni los libros cerrados, ni los zapatos viejos en el armario, ni el fondo de los platos, ni el interior de las vasijas, incluso ni el envés del colchón en que duermes.

Tú lo oirás roer toda la noche el cabo de una tabla oculta y si vuelven a pegársete los párpados soñarás que te estaban abriendo un hueco por el ombligo del estómago. Será una noche de insólitos repiques, de saqueo en la punta de tus narices.

Sentirás encogerse el corazón con el chirrido de las latas, abrasará la sien aquella densa atmósfera que se arremolina desde el escondite.

Pensarás por un momento que deberías incorporarte y aceptar el juego del gato y el ratón y esperar en la oscuridad que te crezcan las uñas y se te dilate la pupila y si llegaras a rehusar aquel corre y persígueme te sorprenderá la luz del día dándote cuenta que han confundido tu sueño con un parque soleado, que se han metido por la puerta confundiendo el vano con el hueco de una cueva, dudando si durante la noche te han trasladado a un zarzo, avergonzado de sentirte cerca a una madriguera, temeroso de haber pasado la noche en un sótano, experimentando que se te mete por la nariz el vaho pestilente de una cañería subterránea.

H U E S P E D E S

III

El caso es que tampoco las paredes lo pueden mantener a uno a raya a todas horas porque después de todo no tienen la extensión ni la consistencia de la muralla china. El periódico lo venden fuera y hay que salir a comprarlo, los amigos rodean ya ritualmente la taza de té y a uno se le ocurre que es bueno inspeccionar el paralelo exacto en que amaneció la plaza de su ciudad carnívora.

Y esto aun cuando le arquee el espinazo como a los gatos un regreso en medio de la noche que nos llevará a una comprobación de la violación de domicilio.

La puerta ha sido abierta en nuestra ausencia con ganzúa, la música ha debido girar hasta perder el sentido, hay vasos rotos cuyo eco al caer de la mesa aun todavía tiembla en el aire, el humo espeso nos atosigará formando un nudo en la garganta y obligándonos a abrir el postigo. Uno se da cuenta que algunas carca-

jadas se rezagaron ebrias en los rincones e intuye por el olfato que todos debieron brindar con las copas en alto entrelazando el semen de macho cabrío.

Las cartas privadas han sido abiertas, de tanto releerlas se han borrado los párrafos más íntimos y hermosos y yacen por el suelo fuera de su caja de lata; una desconocida curiosidad ha vaciado los armarios, la libreta que uno carga en el bolsillo con los nombres de los amigos, con los teléfonos de sus conocidos, no se encuentra por rincón alguno. Uno llega a sentir que su vida privada ha sido expuesta como ropa recién lavada en la cuerda de alambre, en el balcón de una bocacalle a la salida; hasta el más recóndito recuerdo, hasta la más oculta vergüenza han sido arracados de raíz como maleza.

Sucede a menudo, que uno oye también cuando por fuera arrastran las cadenas y llega a sentir que es su propio corazón el que están asegurando con el candado gigante.

Porque entonces el aire faltará a los pulmones y la oscuridad que se consume como un cirio, machacará las ansias en su engranaje; llegará a experimentar que las paredes del cuarto se elevan por encima del techo y avanzan rodeándonos, amenazando con reducirnos a una lámina.

La maniobra llega hasta el descaro de permitir a los huéspedes que toquen a la puerta a altas horas de la noche sin consideración alguna. Uno oye los pasos en la escalera, los gritos que perforan y horadan las paredes, los desafíos que trepan por las largas escaleras en la cresta del viento. Todos parecen haberse propuesto no dar tregua a la calma, la envidia parece conjurada contra el aislamiento, una malignidad de origen desconocido no descansará hasta reventar de hartura.

ALBERTO AGUIRRE